

• *Número Especial*



Medio Siglo
de

ZIG-ZAG

seguio al personal de la EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A., de parte de

Secretario de Redacción

UNA propaganda como nunca se había visto en Chile inundó las ciudades con una profusión de carteles que anunciaban la próxima aparición de la revista "Zig-Zag".

No era posible desentenderse de la sugestión de esos afiches que lo enfrentaban a uno en todas partes, convirtiéndose en comentario obligado de los corrillos.

Cuando apareció, y a pesar de que el tiraje había sido calculado generosamente, la edición se agotó en cortos momentos. El público no se sintió defraudado.

Bajo la talentosa dirección de Joaquín Díaz Garcés, "Zig-Zag" abría nuevos surcos en el periodismo nacional. Fueron varias las innovaciones que introdujo. Desde luego, el formato y la cubierta coloreada. Las revistas que existían por entonces — "Pluma y Lápiz", "Instantáneas"; la verbosa "Lira Chilena"— tenían un carácter netamente literario; "Zig-Zag" concedió la principal importancia al material gráfico. Un grupo permanente de artistas se encargaba de aderezar las fotografías nacionales y extranjeras que llenaban las páginas, alternando con caricaturas y dibujos.

En ese personal sobresalía un joven Boza, que firmaba con el seudónimo Moustache. Sus dibujos eran más o menos burdos, pero saturados de ingenio y buen humor, por el estilo de éste: una señora muy grande y muy gorda, a su lado el marido esmirriado y chiquito, y al pie la leyenda: él la quiere pero no la puede.

Otra innovación la constituyó un factor hasta entonces desconocido que conquistó desde el primer momento su alta jerarquía, domeñando a fuerza de audacia el retraimiento huraño de las gentes: el fotógrafo que se permitió detener en la puerta de la iglesia al cortejo nupcial, enfocar al señor ministro a la salida de la Moneda o sorprender en el interior de la fábrica al capitán de industria —en una sorpresa muy bien acondicionada por cierto— tras de su escritorio desbordante de legajos y documentos que revelaban al mismo tiempo su agilidad mental y el estado floreciente de su negocio.

Paisajes urbanos y escenas callejeras pertenecían ciertamente a los dominios del fotógrafo. Era muy popular por esos días la figura de un español que mercaba barquillos en la cercanía de los colegios o en los sitios populosos: estirado, magro, de acentuado perfil y tocado con la clásica boina. Uno de los primeros números de "Zig-Zag" ostentaba en la cubierta la estilizada figura del barquillero con su rojo cilindro al hombro. Al día siguiente, apareció en la imprenta el auténtico personaje, indignado y colérico al rojo blanco por la burla de que había sido objeto. Fué precisa toda la habilidad dialéctica de Joaquín Díaz para convencerlo de que aquello era un honor que redundaría en beneficio de su negocio tanto como en su legítima fama. Por último, mancha

GUILLERMO LABARCA HUBERTSON.— Profesor de Estado, escritor y político, recientemente fallecido. Nació el año 1879. En política ocupó el puesto de presidente del Partido Radical, en cuya representación fué Ministro del Interior (1924) y Ministro de Guerra (1939).

Su obra literaria es de gran mérito. Entre ella se destaca el libro "Mirando al Océano", novela recia, escrita en impecable castellano, y una traducción y adaptación del libro de MacBride "Chile, su Tierra y su Gente", que tuvo gran éxito. Su producción poética, delicada, romántica, ha quedado en los diarios y revistas de Chile.



de aceite en las enfurecidas aguas, un billete de cincuenta pesos concluyó por sellar la conformidad del barquillero.

Hubo por entonces un gran baile de trajes que conmovió los altos círculos sociales. En el deseo de conservar un recuerdo, todo el mundo aceptó la gentil invitación de "Zig-Zag" y el taller fotográfico se congestionaba de damas y señoritos; durante muchos días se vió desfilar por allí a L'Aiglon, al samurái japonés, al oidor de la colonia, al vizconde rubio de los desafíos, etc., proveyendo a su vez a la revista de una frondosa serie de estampas para los próximos números.

Poco a poco, el público se acostumbró a visitar la imprenta de Teatinos 666, y de continuo había grupos que recorrían las diversas secciones, el local de los dibujantes, el taller de los grabados y sobre todo la sala de máquinas con sus novedosas y múltiples instalaciones, entre las cuales llamaban mucho la atención los brazos de las linotipias que cortaban el aire en sus coordinados movimientos. El paseante Allende era el introductor de embajadores de la dirección; un míster Phillip, enteco, muy serio, con un rostro que lo mismo representaba 25 años que 50, dirigía con máxima eficiencia todos aquellos complicados implementos, especialmente el proceso de las tricromías. Entre los operarios figuraba un muchacho imberbe que ascendió hasta reemplazarlo después: Juan Urzúa Madrid.

Aquello era una colmena de febril actividad y buena organización. No obstante, por alguna razón fué preciso doblar a mano los pliegos de algunos de los primeros números. El común interés y un plausible espíritu de cuerpo, indujo a hacerse cargo de esta labor, en calidad de extras, no sólo al personal

superior de la revista, sino a buena parte de los redactores de "El Mercurio". Este trabajo, prolongado hasta altas horas de la noche de algunos sábados y remojado con humeantes tazas de café, se realizaba alegremente, casi como una fiesta, en medio de la amenísima charla de don Carlos Silva Vildósola y las bromas y chascarrillos de Joaquín Díaz, Enrique Tagle (Victor Noir), Colo Novoa, Montcalm, Moustache y los demás. "Zig-Zag" resultaba como un lazo de familia que los unía a todos.

Allá en los comienzos, como parte de la propaganda inicial, "El Mercurio" abrió un concurso de cuentos, con un primer premio de dos mil pesos, quizás si equivalente a cien o doscientos mil de los de ahora.

El anuncio produjo el natural revuelo en el pequeño mundo de las letras, ante el cual vibraba el espejismo de un posible triunfo. Cumplidos todos los requisitos del ritual, el jurado acordó dividir el premio —también los pesos, desgraciadamente— y otorgarlos conjuntamente a Guillermo Labarca Hubertson y a Baldomero Lillo.

Este resultado tuvo todavía otra halagadora consecuencia: poco después se le ofreció a Labarca un puesto de redactor de "El Mercurio". Andando los años, Labarca ha sido Ministro de Estado, pero confiesa que este rango no le produjo ni con mucho la impresión que recibió de muchacho al verse convertido de pronto en todo un redactor del decano.

Desempeñó el cargo muy poco tiempo, pues al aparecer la revista fué transferido a ella en calidad de secretario de redacción. El marco de sus obligaciones no era muy rígido y debía estirarse flexiblemente en este sentido o en el otro para adaptarse a las necesidades del organismo en marcha.

Por de pronto debía escribir los artículos pertinentes a las abundantes y variadísimas fotografías enviadas desde Estados Unidos por la firma Underwood, captadas por el fotógrafo criollo o provenientes del taller de los dibujantes, una vez seleccionadas por la dirección. Este literatura adquiría así caracteres enciclopédicos que desbordaban de sapiencia, ya que esta vez había que decir loores sobre las ruinas de Tiahuanaco, en seguida sobre la inauguración de una fábrica de vidrios, luego sobre el match de fútbol de naciente data y así sucesivamente.

Y la longitud del artículo no dependía de la importancia del tema, sino de la confección de la página respectiva, pues era corriente la aparición del regente con las pruebas en la mano.

—Señor, hay que agregarle otro poquito; faltan unos siete renglones.

Otras veces era al revés:

—Señor, le sobra un párrafo. *Quitémosle* eso de los elogios en el extranjero... que ni deben ser ciertos siquiera —sugería el regente, en estrecha colaboración.

Y la página resultaba así convertida en un modelo de tipografía.

Otra de sus funciones era la de servir de enlace



Teatinos 666.

con las gentes de letras y solicitar sus escritos, que siempre estaba seguro de obtener, pues otra de las innovaciones de "Zig-Zag" consistió en remunerar la colaboración literaria. Publicaciones de esta laya aparecidas en las revistas de entonces o en las páginas literarias de algunos periódicos, se ofrecían genuinamente por amor al arte (habrá que creerlo) o por la gloria de ver el nombre en letras de molde.

El monto de la remuneración era muy variado por cierto. Una de las más altas fué la que mereció una poesía de Antonio Orrego Barros: "La Vieja Nave", publicada un 21 de mayo: cien pesos. Cien pesos que el poeta se gastó luego en un suntuoso banquete con una pléyade de conmlitones.

No siempre este intercambio de pesos por versos resultaba igualmente grato. En una ocasión se le envió a Samuel Lillo un recibo que la contabilidad exigía, para hacer efectivos los honorarios. El prorector de la Universidad encontró poco decorosa la cantidad y devolvió el recibo partido por la mitad. Esto dió origen a una entrevista que empezó un si es no es agridulce, pero que terminó amistosamente: Joaquín Díaz dejó al arbitrio del poeta que fijara el valor de la remuneración, y con la misma gentileza Samuel Lillo se abstuvo de hacerlo y obsequió graciosamente su composición a la revista.

Un año transcurrió enrolado en las huestes de "Zig-Zag". ¡Un año! Ramillete de juventud cuyo aroma se va desvaneciendo en la dilatada lejanía. Y en este tiempo aquella iniciativa de don Agustín Edwards, en las manos de don Gustavo Helfmann se ha transformado en un gigante.

El puesto era agradable y entretenido, pero absorbía demasiado tiempo y no se conciliaba muy bien con los estudios universitarios que en ese período anduvieron titubeando. Guillermo Labarca hubo de renunciar.

G. L. H.